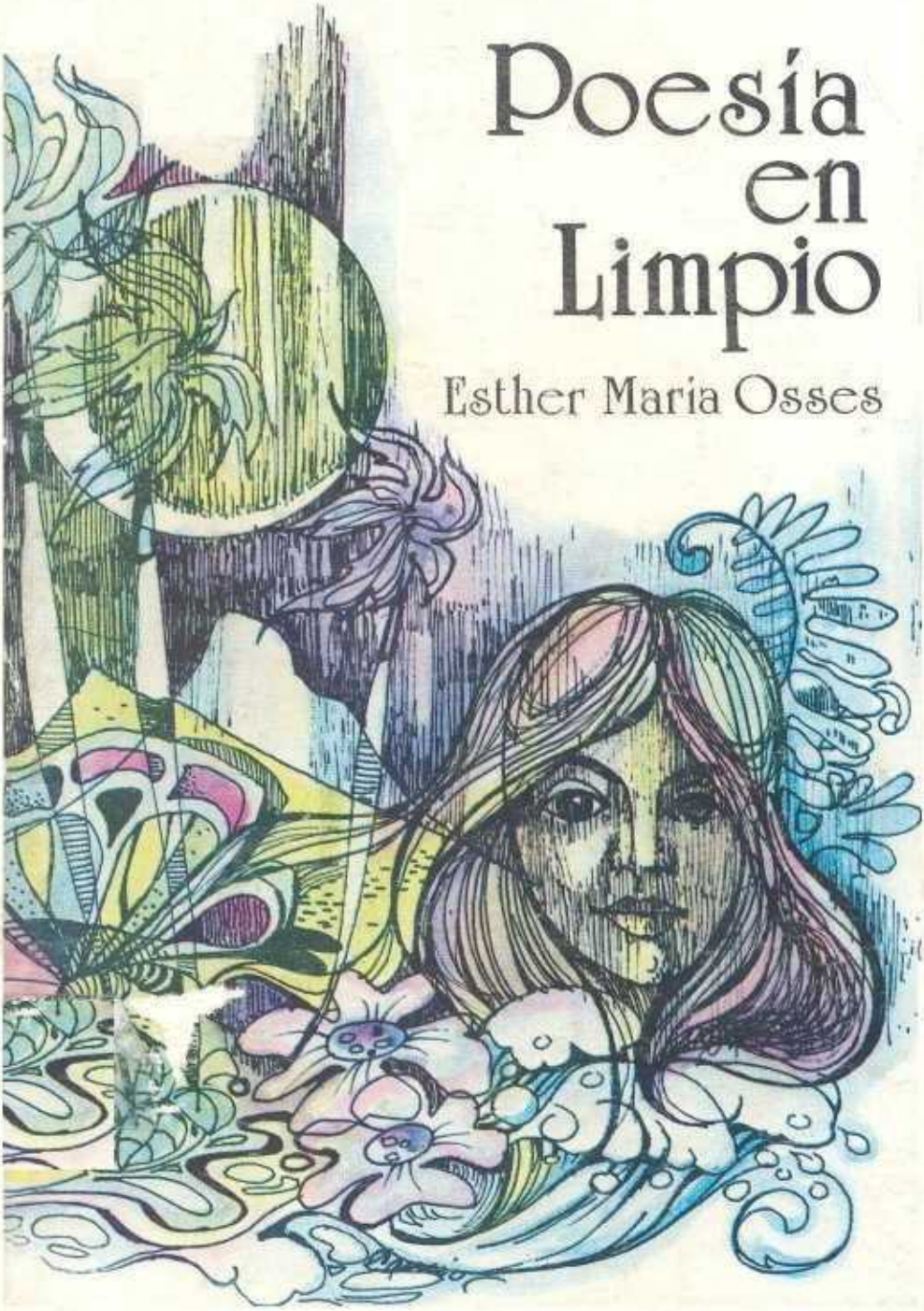
Poesía en Limpio

Esther Maria Osses



Poesía en Limpio

Esther María Osses

Colección Poesía

Ilustración: Alberto Cancio García

© Editorial Panamá, 1986

Imprenta Franco S.A., Panamá, República de Panamá

Pastel, de José Aranda Klée, guatemalteco.

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

I

Palabras de hoy sobre poesía

El poeta, el artista, ama mucho su nombre, y su renombre. Pero aquel antiguo concepto de la gloria, de la inmortalidad ha sido superado. Los grandes poetas del romanticismo universal, por los finales del siglo XIX habrían dado la vida por la inmortalidad. Hoy ningún poeta ni escritor habla de ello. Escribir es vivir. La aspiración máxima del poeta, del escritor es la comunicación. Que su palabra conmueva las entrañas del mundo, que circule en la sangre de sus contemporáneos. Un Neruda que hizo llorar a los rudos mineros, a los obreros, al pueblo, que hizo cantar a los pobres de la tierra, que hizo amarse más a los enamorados, es un ejemplo fascinante para muchas generaciones. Él, como Ernesto Cardenal aportan su sabiduría poética a la revolución, su arte se integra a un proceso de liberación y tiene eficacia militante. Ellos no pensaron en la gloria, la gloria ya es una palabra gastada, vacía. Pero, cuando escribimos o publicamos algo firmamos con gran satisfacción y orgullo nuestros nombres. Sin embargo, sucede que la hora de América es de la poesía épica, una nueva épica; se trata de la gran gesta que América libra por su segunda independencia. En medio de este incendio en que viven los pueblos oprimidos del mundo, la canción llamada de protesta recorre los campamentos, salta las barricadas, retumba en las montañas. Los poetas de Guatemala, de Honduras, de Paraguay, del Brasil, de Colombia, escriben poemas o novelas que deben circular por las trincheras, por las cárceles, en secreto, sin autor. La novela

Tanta Esperanza, apenas multigrafiada, aparece en las listas de material subversivo incautado a los guerrilleros guatemaltecos. Igual *Adultos 3,* de la misma autora, una gran compañera de ese país. Roque Dalton es el que explica muy bien esto en su poema "Moral Poética", de su libro *Poemas Clandestinos,* donde firman varios autores que son él mismo: "No confundir, somos poetas que escribimos/desde la clandestinidad en que vivimos./No somos pues, cómodos e impunes anonimistas;/De cara estamos contra el enemigo/y cabalgamos junto a él en la misma pista./... con nuestra vida le damos la oportunidad de que se cobre día tras día." Hay que eliminar el nombre. Y es el máximo sacrificio. Al poeta le duele más sacrificar el nombre que la propia vida. Y debe hacerlo.

Es así como estamos volviendo a la gran poesía anónima y oral, a los tiempos del romancero, de la gran poesía popular de todos los tiempos. La poesía que se convierte en canción vuela ya sin nombre, no se dice ni el nombre del compositor, menos del poeta, sólo cuenta la gloria, la efímera gloria del cantor, el que la canta. Mientras tanto, quede la poesía hermética para que se lea solo entre ellos, sus autores. Simultáneamente hay voces de gran poder, aún sin el canto. Como casos extraordinarios, es cierto, pero en los días que corren hemos visto a grandes públicos aplaudir, no por rutina, sino frenéticamente y de pie, lectura de poesía por sus autores: Rafael Mendoza, de El Salvador, Orestes Nieto, de Panamá, en grandes salas de cultura. En fecha muy anterior Diana Morán, también panameña; en la Plaza de Santa Ana vimos a Diana frente a un pueblo oyente ganado por la emoción. Por otro lado hay nombres cuyo poder, cuya proyección continental la revolución necesita, son ellos solos una poten-

cia, un grito de combate, una bandera de esperanza... asimismo un blanco, un codiciado blanco para el enemigo. Así cayeron en la marcha Víctor Jara (1973), Alí Primera (1984), cuya voz permanece desafiante y vigorosa en la lucha de cada día, mientras Carlos Mejía Godoy y Luis Enrique Mejía Godoy siguen en la línea de fuego, lanzando a los vientos su canción victoriosa. Igual Silvio Rodríguez, Rubén Blades y tantos otros que podrían ser objeto de otro estudio de muchos capítulos más, sobre canta-autores-poetas. Y para cerrar estas reflexiones, que nadie hable ya de "compromiso". El que escribe porque se siente obligado, "comprometido", no hará nada de valor. Hay que vivir plenamente la revolución, compenetrarse de la situación hasta hacerla consanguínea, que se haga parte de su ser, de su sangre, solo así el poeta dará sus óptimos frutos al servicio de la lucha. Nadie expresó esto mejor que Miguel Ángel Asturia, cuando dice "La literatura latinoamericana no está comprometida, sino invadida". De esta realidad que te invade hay que seleccionar entonces los elementos para la verdadera poesía de combate.

II

Sobre esta edición

Esta edición está compuesta de varios libros, que abarcan muchas etapas, desde una poesía espontánea, si así puede decirse, enraizada en ambientes y experiencias muy de juventud, entre corrientes evidentemente líricas hasta aquella producción amanada de situaciones sociopolíticas de los pueblos del mundo, especialmente de nuestra América. En el primer libro, sin embargo, *Mensaje,* en el poema "Noche de Paz" ya se oye el eco doliente y

angustiado del mundo: es la II guerra mundial. Ahora releo y me pregunto cómo pude estar en Guatemala aunque fuese por breves días, ensimismada en mi propio mundo de juventud, de amor y de alegría, sin sospechar el drama desgarrador, entonces silencioso, de aquel pueblo noble, laborioso y creador. Es lo que se ve en el poema "Guatemala", aunque pueda decir como atenuante y como informe que, por lo menos no es tan banal como parece si se sabe que, tal como ahí se dice, "Guatemala, ya te he visto, como estabas en mis sueños", es una verdad tan de veras como que ya había visto en un sueño premonitorio, lo que allí dejo escrito sobre aquel bello país, que en posteriores viajes y prolongadas estadías, se me mostró en toda su terrible realidad, que hice mía, como se ve en otros poemas más adelante. Ya en el IIo. libro, *La niña y el mar,* he vivido la revolución guatemalteca de Octubre de 1944. Fue en la escuela del Maestro Presidente Dr. Juan José Arévalo, después de tantas tiranías comenzó reformas en bien del pueblo que fueron inmediatamente denunciadas por las clases privilegiadas y el imperialismo yanki como "comunismo". Fue allí, digo, donde abrí los ojos a la tragedia de aquel pueblo y de todos los pueblos, sobre todo de mi propio país. Se abre el libro dicho con el poema "La niña y el mar" en donde es Panamá la niña, ante el mar con la playa "poblada de enemigos, monstruos/fauces trituradoras, voraces". El pequeño país, sin más armas que su verdad profunda se enfrenta al enemigo. "Que traigan los remos hechos de madreperla/, que traigan la barca en forma de flor/liviana, cuanto más frágil, mejor/Doblegaremos su furor indomable/con esta barca mínima". En el poema "Haití", se capta el espíritu alegre de un pueblo que canta y baila, lleno de vida y colorido a la misma orilla de

la muerte, pero no la sangre derramada por este pueblo aguerrido, pionero de la lucha por la libertad.

En el siguiente libro aquí incluido, *El rastro de fuego,* transcribo un artículo por el periodista y poeta Mario Augusto Rodríguez, miembro del jurado donde este libro ganó segundo premio en el Concurso Nacional "Ricardo Miró", 1958. El se pregunta cómo he penetrado en la realidad y la vida de cada uno de los países allí incluidos, si es que he viajado, si es que he leído y además he producido todo de mi imaginación. "La poetisa pudo conocer o no a los pueblos que inspiraban sus poemas. Su estancia en ellos pudo durar años, meses, días, horas. Tal vez fue solamente el vuelo imaginativo de su hondo sentido americanista..." Le contesto ahora: Pues sí. Con excepción del Brasil y en ese tiempo, Venezuela, estuve en aquellos países, en algunos varias veces. Además sí estudié mucho la historia, la mitología, la leyenda, de tal manera que si no hay nada retórico ni gratuito en esos poemas, como él dice, es porque cada metáfora, cada símbolo, cada significado tiene su correspondiente significante en una verdad en sí misma cargada de poesía. Del libro original *El rastro de fuego,* aparecen todos los sonetos. Pero para esta edición agregué otro a Venezuela, "Sabedlo, Generales" que, como es fácil notar apareció en fecha posterior. Para información, en Guatemala estuve de visita primero, luego por varios períodos, el último 52-54, y en Venezuela la mitad de mi vida.

El libro *Poesía en limpio* original fue un intento de selección tomado de otros libros y algún material inédito. Así, los que correspondían a *Mensaje, La niña y el mar,* y *El rastro de fuego,* han sido devueltos a sus respectivos textos y queda únicamente el resto como *Poesía en limpio.* La

última parte de esta edición contiene poemas no publicados nunca y otros que han circulado solo en revistas, periódicos y antologías.

Se recomienda observar la evolución de esta poesía, no precisamente en cuanto a orientación estética y literaria, evolución inherente a toda obra, sino en cuanto a líneas ideológicas, que van, desde una cita de Platón donde una joven cree en "el delirio que viene de las musas" hasta la cita del Popol Vuh, cuando la poesía se abre a la fuente iluminada que se nutre del pueblo. Desde la invocación a Dios hasta el encuentro con el hombre dueño de sus potencias, no sujeto a fuerzas sobrenaturales. Hasta cuando no queda "Nada sino esta llama/ esta oración profana y poderosa". Leer el libro para niños... y grandes, *Crece y Camina* en edición aparte donde "Bravo parece el viento/Qué miedo da/Pero no, que en la proa/va el capitán". Porque "el capitán sabe mucho/ sabe mucho más que el viento".

E.M.O.

Panamá, Junio, 1985

MENSAJE

Todo el que intente aproximarse al santuario de la poesía, sin estar agitado por este delirio que viene de las musas, estará muy distante de la perfección; y la poesía de los sabios se verá siempre eclipsada por los cantos que respiran un éxtasis divino.

PLATÓN, FEDRO

PRÓLOGO

Esther María Osses nació en Chiriquí, Provincia de Panamá, que sus moradores indios llamaron Valle de la Luna. En forma de libro publica ahora por primera vez sus poesías, que los entendidos han celebrado ya, pues vienen gustándolas desde cuando ella asistía al colegio. Los entendidos no han podido, como tienen por costumbre, clasificarla. No pueden identificarla con una escuela literaria, ni señalarle épocas, ni determinar en ella una tendencia cualquiera. Vale, pues, reconocer que desde el primer momento ha sido fiel a sí misma.

Pero quien diga, por esto, que conoce a Esther María Osses se equivoca. No es difícil comprender, desde luego, que fascina. Puede decirse también que el secreto de su encanto está en la variada y mudable riqueza con que trasluce colores y aspectos. Son los reflejos de un espíritu a veces aristocrático y a veces popular; regional y panameño; pragmático y lírico; místico y libertino; apasionado y glacial; profundo y liviano. Como en el agua clara de sus ríos, en esta sensibilidad politeísta reverbera la infinita variedad del mundo. Esther María la vive y nos la ofrece más delicada y más bella. Hay una cualidad que da como la nota permanente y sostenida en este vivo transformismo de su espíritu. En cualquier momento y por encima de toda otra cosa, Esther María Osses es artista. Artista cuando habla de otros; cuando habla de sí; cuando se complace en plantear, con entendimiento casi masculino, los proble-

mas cósmicos; cuando desgrana paradojas; cuando hace pictórico su verso y filosófica su pintura. Hasta puede, impunemente, incorporarse en un movimiento feminista, pues sólo examina los manifiestos y los rostros con ojos de artista. En la política como en la vida, reserva sus simpatías para quienes le halagan el espíritu o algo le aportan en el reino del arte. Los que se apoyan en otro criterio para trazar su trayectoria encuentran que se contradice, y de esto, gravemente, le hacen un cargo.

Examinemos también su técnica. Jamás ha escrito ni compuesto sus poesías, que se sabe de memoria. Sencillamente las copia en el papel cuando ya su mente, después de hallar recreo en el proceso de creación, les ha dado forma definitiva. Como todas las sensibilidades auténticamente modernas, Esther María Osses añora la lírica. Entendámonos bien. Aludo a la lírica pura, no entorpecida por la anécdota, ni contaminada por la historia, ni empañada por los motivos exteriores, por la retórica o por la descripción. ¿La ha logrado siempre? Es seguro que no. Parte, quizás sin saberlo, de Oscar Wilde y de Remy de Gourmont; pero la estación de llegada es una; y se llama Esther María.

Su verso es así sonido y simetría; color y tono; voz más que palabra; imagen de complejas refracciones; red intrincada de reminiscencias y añoranzas; libertad en un derroche de formas y matices. Sin recurrir a las frases más o menos sonoras; sin buscar jamás un efecto fácil o barato; sin tener siquiera que rechazar figuras más o menos artificiosas, ella presenta, translúcido y tremendo, el enigma del mundo, valiéndose de expresiones y de insinuaciones que son una absoluta novedad en la poesía panameña.

¿Y es ésta la estrella
por la que he corrido
caminos de piedra,
sangrando los pies?
Lejos de mis ojos
la miré infinita;
y ahora, entre mis manos,
¡qué pequeña es!

¿Y éste es el tesoro
que me quita el sueño?
¿Por tan pobre cosa
me afanaba así?

Cambiádmela, ¡oh dioses!

. . . . . .

Y los dioses rieron;
y la misma vida
se burló de mí.

Para comprender las alquimias de este pathos en concentración, habrá que leer y releer; para sentir su importancia habrá que aguardar años y decenas de años quizá; para destilar, gota a gota, su esencia; para acentuar ciertos rasgos de expresión y dar unidad al todo, Esther María Osses tendrá que vivir mucho aún y sufrir algo más. No me propongo elaborar su exégesis, ni desempeñar los oficios de crítico y profeta. Sé que ningún placer puede substituir a la comunión directa; y por eso me limito a expresarle aquí mi testimonio de admiración y mi palabra de aliento, como hombre que llega, a veces, a comprenderla.

MIGUEL AMADO

Panamá, febrero 28 de 1945

I
Herencia

Herencia
¿.....?
Negada imagen
Hiéreme
Norte
Viejas canciones
Dolor
Misterio
Hora amarga
Noche de pascua (1941)
Así

Herencia

Esta fuerza que impulsa mi pluma
viene de muy lejos...
Es herencia rica que en mis venas arde,
corre por mis nervios,
y rebeldemente,
al papel resbala por entre mis dedos.

¡Si la contuviera sé que me ahogaría!
Es para mi vida lo mismo que el llanto,
lo mismo que el sueño
y la risa.

Dejadme que escriba sin analizarme.
Sin buscar la clave con que el ritmo labro.

Mas si mis estrofas respiran belleza,
si encienden el alma,
decídmelo entonces,
y eso, me basta!

Mi emoción es fuego...
¿Trasmitirla es arte?

Nada más quisiera
si en mis versos arde!

¿.....?

Me detengo sin quererlo.
Algo he perdido. No sé.
Tratar de cantar no es fácil.
Llorar, llorar... ¿para qué?

Así me quedo en un punto.
Inmóvil, muda, insensible.
Debo tener ojos negros
y rasgos duros de esfinge.
Debo haber cambiado mucho.
Me siento extraña a mí misma.
Esta alma no era mi alma,
ni esta voz era la mía.

Ahora, a través de mis sombras,
tu imagen quiere volver.
¿Quién eres? No te conozco.
Recordarlo, ¿para qué?
Algo muy bello he perdido.
Es todo cuanto yo sé.

Negada imagen

¿Y es ésta la estrella
por la que he corrido
caminos de piedra,
sangrando los pies?
Lejos de mis ojos
la miré infinita;
y ahora, entre mis manos,
¡que pequeña es!

¿Y éste es el tesoro
que me quita el sueño?
¿por tan pobre cosa
me afanaba así?

Cambiádmela, ¡oh dioses!

. . . . . .

Y los dioses rieron;
y la misma vida
se burló de mí.

Hiéreme

Hiéreme. Si me quieres melodiosa,
vuélvase cruel tu bondadosa mano.
Si me quieres sublime y luminosa,
hiere no más, sin compasión, hermano.
Solo bajo el dolor el alma adquiere
brillo de sol y vibración de endecha.
Sin temer mi venganza sólo hiere.
Sin sentir mi pasión lanza la flecha.

La estéril roca solitaria y quieta,
bajo el hachazo que su seno agrieta,
se vuelve gruta y manantial divino.

Hiéreme sin piedad, que si me hieres,
grande y divina como tú me quieres,
seré luz en mi ser, aroma y trino!

Norte

No te acerques, te dije
Yo soy igual al Norte.
Viento del Norte cuando el verano llega,
que lo destruye todo,
hasta las flores, en su loca carrera.

Y te dije: No llegues.
¡Yo soy el torbellino que arrastrará tus sueños!
No tiendas junto a mí los hilos de oro
de tus caros anhelos,
que como soy de inquieta,
después de acariciarlos me placerá romperlos.

Yo soy el soplo mágico
que prendará tu fuego,
para sentir su llama,
para mirarlo ardiendo.
Pero después, sin escuchar tu queja,
sin sentir tu desdicha,
lo apagaré de pronto,
aunque me llames con dolor: "¡Maldita!"

Viejas canciones

Yo no sé qué fuera
de mi vida errante,
sin estas canciones
que aprendí de ti.
Canciones ingenuas
con alma de siglos,
que en tu voz amada
llegan hasta mí.

No importa que pasen,
madre, muchos años,
si tus viejos cantos
siempre nuevos son.
Porque siempre expresan
lo que el alma enciende:
placer o nostalgia,
tristeza o pasión.
Llevan en sus notas
al cantarlos, madre,
lo que eterno vibra
dentro el corazón.

Yo no sé que fuera
de mi vida errante,
cuando tus dolores
regresan a mí,
si yo no pudiera
cantar libremente,
las canciones bellas
que aprendí de tí!

Dolor

El dolor de la vida
va templando mis nervios,
tal si fueran las cuerdas
de una lira encantada.
Logrará su milagro
tan sublimes acentos,
que en las almas perduren
como música rara.

El dolor de la vida
me va haciendo más buena,
más mujer y más fuerte.
Soy varilla de acero
que en sus manos perversas,
se doblega y se yergue
sin perder resistencia.

Le desprecia mi orgullo,
y mi amor le maldice;
sin embargo, serena,
comprensiva y humilde,
he llevado el tormento
con deleite infinito.

Así quedan sus males
convertidos en bienes,
y en placer el martirio!

El dolor de la vida va templando mis nervios.

Misterio

Podrás ir donde quieras.
No te liguen mis besos.
No limiten mis brazos
tus senderos de amor.
Cuando intentes la fuga,
mirarás con asombro,
que está libre la puerta
de tu dulce prisión.

Podrás ir donde quieras!
Con la fe en las pupilas,
aguardando tu vuelta,
siempre igual me hallarás.

Un misterio profundo
te atará a mi cariño,
más que todos los lazos,
para siempre jamás!

Hora amarga

A ciegas fuí por alcanzar la dicha,
siguiendo tentadores derroteros.
En la mañana aquella —no lo olvido—
rosas de luz sembraban mis senderos.
Mi vida era la fiesta milagrosa
de mi mundo interior, hecho de ensueño.
Lo levanté yo misma de la nada,
y miré con deleite que era bello.

Llevaba en mis entrañas el impulso
del águila sedienta de distancias...
Era pequeño el mundo —¡qué soberbia!—
para la fuerza loca de mis ansias.

Pero mi vuelo se estrelló en la noche.
Se cubrieron mis astros de ceniza.
Rotos mis sueños, solamente traigo,
tragedia silenciosa, mi sonrisa!

Noche de pascua
(1941)

¡Noche de paz! Y los guardias
vigilan bajo la nieve,
allá en la tierra maldita
donde los hombres no duermen.

¡Noche de amor! Y el odio
tiñe los campos de sangre...
Y llama Dios en la noche,
y no le responde nadie.

Sombras y truenos y gritos,
y llamaradas de espanto,
apagan la voz sublime
que sube en medio del caos:
"¡Gloria a Dios!" Y el hambre crece,
y la infancia se marchita;
y entre cadáveres tibios
bajo la luna amarilla,
¡no vienen los Reyes Magos
por los desiertos de Libia

¡Noche de paz y de gloria!
Tiene sabor de tragedia
la canción que no se escucha.
Estrechan a sus infantes
las madres llenas de angustia,
y bendecirán al mundo
si están vivos todavía,
cuando la luz amanezca
sobre los pueblos en ruina!

Lenguas de fuego descienden.
¡Se cumple la profecía!
Van los ejércitos ciegos,
enloquecidos, sin rumbo.
¿A dónde van? ¿Qué persiguen?
Los soldados no lo saben.
Las doctrinas se confunden,
y los apóstoles caen.

Pero a través de los mares,
mientras un mundo crepita,
quizá germine en silencio
la verdadera semilla.
Quizá de nuevo elegido
por designios inviolables,
Noé construya su arca
a la sombra de los Andes!

¡Quizá! La noche soñada
para el perdón y la dicha,
llena el alma de presagios,
y de ensueño los caminos...
Sobre el silbo de la muerte
que ensombrece la sonrisa,
rueda en ondas milagrosas
la canción de veinte siglos!

Así

Un capullo rosmarino
que se ha abierto esta mañana,
sobre escala de retoños
asomado a mi ventana,
inunda toda mi estancia
con su mágica fragancia,
mientras, en vivo lenguaje,
va diciendo al alma herida
que no es amarga la vida;
que es linda, alegre, encendida,
como ese que fino baja,
rayo de sol diamantino,
y se prende como alhaja
sobre su seno divino!

II
Fantasía

Fantasía
Magia
El girasol
La palmera
Romancillo a la musa
Hermana
Romance a Santiago
Guatemala
Mutación

Fantasía

Entré en los sagrados parajes ignotos
donde el Hada Rubia tiene su castillo;
y me dio puñados de luceros rotos,
que en la sombra daban caprichoso brillo.

—¿De luceros? Dime, ¿son como corolas?
¿Son como diamantes? Para ver...
—Espera.
Se me derramaron en las mismas olas,
y no traje nada para tu quimera!

—¿Nada?
—Si no pude! La fosforescencia
de los peces rojos en el mar se pierde.
Y la flor de espuma salada de esencia,
solamente es blanca sobre el agua verde.

—¿De veras?
—¡De veras! En tinieblas, triste,
la gloriosa luna por el sol suspira.
Ni su luz es suya ni la noche existe.
Sólo el sol es cierto!
—¿Lo demás?
—¡Mentira!

Pero el alma busca las mentiras
bellas.
Ante dulce engaño la razón desmaya.
Sobre el mar tendido, desde las estrellas,
caminito de oro llega hasta la playa!

Magia

Por el mágico roce de virtuosa varita
poseyeron mis manos invencible poder.
Me sentí mar y cielo. Milagrosa Infinita.
La creación toda fuego palpitaba en mi ser.

Las estrellas lejanas que a los sabios burlaron,
dócilmente giraban al compás de mi voz.
En su cofre de siglos ante mí se mostraron,
luminosos, tangibles, los secretos de Dios!

El girasol

"A distinguir me paro
las voces de los ecos"

Antonio Machado

Sobre la costa abre la tarde,
rosa polícroma de mar,
Dispersos pétalos de fuego
tiñen la cresta del palmar.

El girasol, misterio vivo,
al Occidente da su vista.
Su sed de sol es insaciable
como los sueños del artista.

Funde el pintor en la penumbra
vivos y pálidos matices:
polvo de estrellas en las hojas;
sombras torcidas las raíces.

Tras el cristal de su ventana
se descomponen los celajes;
muere la luz y resucita;
evolucionan los paisajes.

El hombre mira, piensa, sufre.
Hay un enigma cerca a Dios.
Pobre del arte de los hombres
que siempre es eco. ¡Nunca voz!

El girasol, tragedia viva,
cumple en silencio su destino.
De cara al sol sueña con alas,
clavado siempre en el camino!

La palmera

El vendaval de Agosto despeina la palmera.
Su cabellera verde se agita bajo el cielo,
y se estremece toda... y sufre... y ama!

Su savia como sangre circula tempestuosa,
y canta y llora y ruge. ¿No la sientes?
Su música
es la música viva de la naturaleza;
la misma que en mí suena
porque somos iguales:
antenas y sonidos del grandioso concierto!

Y por eso recibo su mensaje de angustia,
y comprendo sus señas,
su lenguaje sin voces.
Porque también mi sangre
como su savia agreste,
vibra cuando la vida
se enciende con tus besos!

Es la expresión
de sensaciones múltiples,
lo que en sus fibras cruje
y en sus raíces hierve.
Es el amor –¿no sabes?–
El amor que va a ciegas
por cimas y abismos.
El que llega cantando sobre los vendavales,
o en los rayos de luna,
o en la brisa.

Es el amor que es uno para todos los seres,
que en el mar es espuma,
y es luz entre las nubes!

La tempestad retumba. Los relámpagos brillan.
Baja el agua a torrentes por los cerros azules.
Y la palmera aquella, la que llaman altiva,
–¿no la ves?– se doblega, se retuerce, se yergue,
cuando el viento despeina su cabellera verde!

Romancillo a la musa

Maga de los versos,
no te busqué nunca.
Al abrir los ojos
hallé tu figura,
nimbada de enigmas
al pie de mi cuna;
tal como te pintan:
cabellera rubia,
como sol abierta
sobre la alba túnica.

Desde entonces viene,
presente y oculta,
marcando mis pasos
la luz de tu brújula.
Por esa tu magia,
¡tu magia de musa!
florecen las piedras
que estorban mi ruta,
y el dolor más hondo
se me vuelve música.

¡Maga! Si tú faltas,
es árida y ruda
la vida que tejen
tus manos de espuma.
No sé dónde vives,
–¿alcázar o gruta?–
Por eso mil veces,
lo sabe la luna,

te esperé sonriendo
sin buscarte nunca,
Diosa de los cantos,
maternal y única.

Hermana

Ven a mí sin recelos,
pobrecita chiquilla,
con los ojos marchitos
de llorar injusticias;
desgreñado el cabello
más negro que la vida,
contraída la boca
más linda que la dicha!

Ven a mí con tus penas.
Te llevaré a la orilla
de la quebrada umbría.
Te lavaré los pies como si fueras,
mi mejor hermanita.
Y con mano tan suave que no sientas,
te arrancaré yo misma las espinas;
espinas de tus pies,
de tu alma virgen,
Y de tus manos finas.
Espinas que encontraste en el camino
por arrancar los tallos florecidos!

Con agua y musgo lavaré tu cara.
Entre mis dedos suaves
tu cabello enredado,
se volverá lustroso como túnica de hada.
En tus ojos heridos por el llanto,
irradiará la paz y la frescura
de los claros remansos;
y en tus labios, hermana,
bajo la gracia de mis frases buenas
y mis historias lindas,

se encenderá lo mismo que en tu alma
la llama de la dicha.

Subiremos después a la cabaña
riendo como chiquillas,
lo mismo que ríe el agua
bajo el ramaje de los viejos ciguas.

Ya verás que canciones encantadas
florecerán tus sueños.
Canciones que no lleven ni rencores
ni dolidos recuerdos.
Mientras tú, de ilusiones extasiada,
y ensimismada con tu propia vida,
mis palabras no escuches,
lentamente, en silencio,
iré sorbiendo el vino de mis penas,
Y mi dolor inmenso!

Y para que no sufras ni conozcas
de tragedias y lágrimas,
Yo reiré como cándida chiquilla,
con esa risa que estremece al agua,
bajo el ramaje de los viejos ciguas!

Romance a Santiago

(de Veraguas)

Maravilla de los campos
donde sembré mi sonrisa...
Ha florecido –¡si vieras!–
y crece y se multiplica.
Maravilla de los tiempos
en que era todo mentira!
El vivir era una fiesta,
fiebre, locura divina!

El dolor era por juego;
era por juego la dicha.
Pero eran verdad los sueños...
¡Eran verdad, alma mía!

Feliz aquel que sintiera
la fragancia de tu brisa,
caminito de Santiago,
como yo puedo sentirla!

Al volver hallé en los parques
toda promesa cumplida:
cada retoño una rama;
un árbol cada semilla.
Hoy es una adolescente
la acacia que dejé niña;
Y sueña porque es hermosa;
Y sufre y piensa y suspira.
Arrebujada en la noche
la encontré muy pensativa,
y me saludó de lejos
con una mirada amiga.

Sonaba desde las sombras
un piano sin el pianista
¡Fantasmas como recuerdos
de aquella sangre vertida!

Por olvido torturados,
ojos que fueron caricia,
me miró sin conocerme
el hombre que me quería.
Pareció que despertaba,
pero al decirme "¡tan linda!",
vagaba por otros mundos,
pájaro blanco, su risa!

¡Santiago!, cayó en mi vaso
tu luz y tu melodía!
Del rosal, espina y rosa,
libó perfume la vida.

Benditos tiempos, Santiago,
en que era todo mentira...
Si solamente los sueños
eran verdad, alma mía!

Guatemala

Guatemala, ya te he visto
como estabas en mis sueños:
coronada de claveles,
majestuosa, señorial.
Arrastrando tu gran manto
guarnecido de luceros,
caminabas encantada
sobre espejos verde mar.

Al fin puedo contemplarte,
toda risas y colores,
porque soy americana
saludándome, gentil.
Al entrar en tus jardines
he sentido emocionada,
que tus rosas y tus liriós,
se han abierto para mí.

Ya te he visto y te he besado,
y he cruzado tus montañas,
y he dejado en tus pinares
olvidado mi dolor.
A la orilla de tus fuentes
he sembrado mis ensueños,
Y en tus rojas enramadas
he tendido mi canción.

Tierra indómita que grita
la protesta de una raza,
levantándose en volcanes
que respiran libertad.

Y que a veces, ¡cuántas veces!,
se despeña a los abismos,
como el alma tempestuosa
del que fué Tecún-Umán.

Enlazado a mi destino,
Yo me llevo tu recuerdo,
cuando, presas en tu manto
las estrellas de Atitlán,
en el carro de los sueños
conducido por quetzales,
te levantas, Guatemala,
sobre espejos verde mar!

Mutación

Escucha, amor. Apuntará la hora
en que herida por hondo cataclismo,
sin brújula, sin noche, sin aurora,
la tierra se desplome en el abismo.
En vértigo, rodando a la ventura,
no volverá a girar ante la lumbre.
Quizá al tocar incognoscible altura,
distinto sol su despertar alumbre.

O, de sombras bañada eternamente,
tal vez prosiga allende el pensamiento.
Quizá al rozar un astro incandescente,
fundida al fuego se diluya al viento.

Por física de sabios ignorada
—no lo verán tus ojos ni los míos—
se vaciarán sus mares en la nada;
hacia la nada correrán sus ríos.
Distinto todo sobre nueva esfera.
Distintos nombres y distintas cosas,
quizá volverá a ser lo que antes era,
un planeta sin pájaros ni rosas.

Quizá responda el eco nuestro grito,
Y libres de pesar y cautiverio,
encontremos el fin del infinito
Y miremos el rostro del Misterio!

No será para siempre esa mirada
que se queda en los límites absorta...
Ha de llegar, amor, otra alborada,
porque la ruta al imposible es corta.

Bello será alcanzar lo inalcanzable,
–quizá vivan tus ojos todavía–
mirar cómo se muda lo inmutable,
y se rompe la cósmica armonía!

III

Voz de agua

Voz de agua
Luciérnaga
Flor y llama
Pasó una voz
Imposible quietud
Reinarás
Canción eterna
Ausencia
El idioma
A ti, poesía

Voz de agua

¡De tus sueños nací, cristal despierto!
Burbuja de tu risa, ala de espuma;
a veces arrebol, a veces bruma,
mi corazón en los caminos vierto.

Primero manantial. Después incierto
soplo de luz a tu caudal se suma.
Con inquietud y liviandad de pluma,
baja contigo por el cauce abierto.

Eres así. Versátil y constante.
Soñabas, arroyuelo, ser cascada,
Y cascada, remanso generoso...

Desprendida de ti, mi voz errante,
de mil formas, tal vez humanizada,
irá también en ondas sin reposo!

Luciérnaga

Mensajera llegaste del arcano,
con ingenuo volar a mi sendero,
sin saber que en tu seno de gusano
germinaba semilla de lucero.

Luz en esparcida flor arrojada sobre el llano,
que recoge el invierno, jardinero,
¡cómo quise mirar entre mi mano
tu fulgor indeciso, prisionero!

Arranqué de la noche tu existencia.
Por mi sed de misterio, deshojada,
perecer en mi choza fué tu suerte.

Y quedó, más enigma a mi conciencia,
en mi mano de chispas salpicada,
vencedora tu luz sobre la muerte!

Flor y llama

¡Me persigue tu sombra! Te presiento.
Te he sentido marchar al lado mío.
Bien conoce tu voz el pensamiento
y tu huella de aromas el vacío.

En alta noche vela mi tormento
tu mirar de luceros y rocío.
La montaña recoge tu lamento,
y tu diáfana risa bebe el río.

¡Me buscas! Flor y llama en mis altares;
agua de mis copiosos hontanares;
noche y amanecer, canción y queja!

Te entregas, miliforme, omnipresente.
¡Y no puede tu amor omnipotente
romper la obscuridad que nos aleja!

Pasó una voz

Pasó una Voz. En nieblas y vapores
tembló al milagro la creación entera.
La quinta aurora conoció las flores,
y oyó el silencio la canción primera.

A los planetas ávidos de amores
que el beso de la vida conmoviera,
llegó regando risas y rumores
recién amanecida primavera.

¡La vida! Los austeros roquedales
florecieron palomas y trigales;
se cubrieron los páramos de grama.

Gloria de luz el sol únicamente,
desolado su seno incandescente,
lloraba su aridez a viva llama!

Imposible quietud

Recién llegadas flores submarinas
estrenaban la arena reluciente.
Siete colores, peces, golondrinas:
jugaba a amanecer el sol poniente!

Salpicaban las ráfagas salinas
humedad y frescura de relente;
y tornaba de playas peregrinas
un marinero mar amargamente.

Un marinero mar de bravo oleaje,
fatigado de abismo y firmamento,
que soñaba ser pájaro, ser bruma.

Condenado a vivir eterno viaje,
de imposible quietud, de paz sediento,
regresaba llorando sal y espuma!

Reinarás

"Reinarás sobre cosas y criaturas.
El paraíso es tuyo". La mañana,
de mares y llanuras soberana,
llevó la nueva a mares y llanuras.

Señales cabalísticas, obscuras,
cruzaron la serpiente y la manzana.
Indiferentes a mi voz humana,
fueron enigmas cosas y criaturas.

En lenguaje de luces y colores,
burlaron mi arrogancia ruiseñores,
y desafiaron águilas mi orgullo.

Humilló mi saber la maravilla
En mi propio jardín aire y arcilla,
me separaban del secreto suyo.

Canción eterna

Igual a ayer la tarde en la montaña
va a plegar su abanico de colores;
y buscando posada, a mi cabaña
ha llegado un dolor hecho de amores.

Igual a ayer un pájaro te nombra,
y retoñan sus trinos en la brisa.
Para alumbrar mis sueños en la sombra
necesito la luz de tu sonrisa.

Vendrás cuando despierte la alba luna,
y en el pálido gris de la laguna,
brillen, como tus ojos, las estrellas.

Es preciso escuchar en esa hora
en que todo paréceme que llora,
como cantos, amor, tus frases bellas.

Ausencia

Sombra tuya, dolor de tu saloma,
iré por hondonadas y laderas;
de la tierra labrada, vuelta aroma,
brotaré, labrador, mientras lo quieras.

A tu casa de cañas y palmeras,
que conoce mis pasos y mi idioma,
llegaré cada noche si me esperas,
en alas de luciérnaga o paloma.

Hecha flor estaré en tus limonares.
Fruta de miel o grávida semilla,
aguardaré en el huerto tu mirada...

Y, ¡milagro de amor!, si me besares,
de mi mar a tus sueños sin orilla,
devolviera tu beso enamorada.

El idioma

Para lanzar el lírico mensaje,
que en tu dolor recóndito palpita,
quieres hallar al fondo del lenguaje
la sentencia de luz jamás escrita.

Pero, cárcel y fin del oleaje,
la palabra tus ímpetus limita.
Voz humana de clásico linaje
no dirá la pasión que es infinita!

Tu vanidad, artista, se levanta.
¿Cómo grabar la música más nueva
con las antiguas fórmulas verbales?

Pero responde el genio: Sólo canta,
y verás el milagro que renueva
del idioma los viejos manantiales.

A ti, poesía

Me lleva a tus altares la montaña
por camino de verdes espirales,
mientras queda prendida a los juncales
la vanidad que el corazón engaña.

Mientras la brisa mi dolor restaña
con bálsamo de mieles y de sales,
brotando de sagrados manantiales,
agua lustral mi pensamiento baña.

Para alcanzar, ¡oh Diosa!, tus favores,
purifico mis labios pecadores,
y mi pasión en holocausto quemo.

La montaña me lleva a tu presencia,
y vestal en tu culto, mi conciencia,
se eleva a ritmo de ritual supremo!

Conceptos sobre poesía a propósito de producción anterior de la autora

Octavio Méndez Pereira:

... Su frescura, la ingenuidad compleja y la franqueza de sus emociones, libertan la poesía de Esther María Osses de toda pedantería y toda artificialidad.

La Hora, 1946

Gil Blas Tejeira:

... No hay intención de métrica ni de rima de "moda" en los versos de Esther María lo cual nos evita el odioso expediente de clasificarla dentro de determinada escuela. Ha poco leímos un juicio sobre Francisco Villaespesa en el que encontramos la certera aseveración de que, cuando una escuela literaria ha llenado sus realizaciones, queda un grupo de discípulos que se dedican a juntar rompecabezas con los pedazos dispersos de las obras de los maestros.
Esther María Osses no se ha dedicado a tan socorrido deporte poético y ha creado lo suyo con sorprendente originalidad.

Simpatías y Diferencias, 1946

Baltasar Isaza C.:

... Tiene Esther María Osses, a mi modo de ver, una virtud cardinal, su autenticidad como artista. En el universo de hoy donde tantas cosas atraviesan por aguda crisis, es consolador encontrar a un poeta que resista con lealtad las tentaciones de la técnica de moda para refu-

en su torre de marfil ni en las remotidades de su Valle de la Luna espiritual. Vive las realidades del vivir cotidiano pero estilizándolas en las sensaciones puras. De ahí esa personalidad inasible que la hace escapar a la clasificación de los maestros de escuela de la crítica que todo quieren reducirlo a denominadores comunes.

La Tribuna, domingo 2 de nov. 1947, San Salvador

Esther María Osses
La Poesía Confidencial

Por: Ramón H. Jurado

La obra poética de Esther María Osses sin duda alguna, la dedicación de un estudioso de estos temas. Intentarlo es un afán que me soborna y del que me libera afortunadamente la conciencia de mis limitaciones. Proferir sobre ella un juicio, calibrarla, es mas riesgoso todavía. Sin embargo, sus versos de recién arribo a la Literatura Nacional nos ganan al primer encuentro. Sus versos enamoran. Por ello sólo haré en esta nota corta y recatada, con la misma fidelidad con que ella nos habla, el anuncio de su poesía.

Los poemas de Esther María Osses sólo tienen compromiso con su pasión personal. Llenos de un lirismo, son giros de una conversación soñada, de un diálogo con su esperanza. Por eso su poesía es Confidencia. Fieles a su angustia, a su mundo cautivo, sus versos nacen rebeldes a la clasificación, íntimos, personales, exentos de embelecos formalistas, sin la temática intelectual tan dura al sentimiento y tan frecuentemente empleada en nuestra lírica contemporánea. Hay en todos sus poemas eglógicos cuando cantan al árbol, al cholo tris-

te, al río; introvertidos y llorosos cuando nos dan su queja del mundo y de la vida un tono cariñoso, una voz confidencial que nos conquistan. Me atrae sobre manera su naturalidad, su sencillez, su espontaneidad, asuntos que se me antojan substanciales en la poesía. Acaso si son la poesía misma. Trabaja los temas con elegancia y facilidad y así, leyéndola, armando la conversación que Esther María inicia, uno se olvida del ejercicio intelectual y se deja a la emoción.

En verdad, no ha sido pródiga la crítica nuestra con la obra de Esther María Osses. Aquí, donde el valor se otorga y se ha hecho de la Literatura un pasaporte para banquetes y fiestas sociales, faltó tiempo para esta poetisa auténtica, lírica y humana. Por fortuna, para su labor sobra el espaldarazo de los poliferos y el incienso de los rufianes. Sus versos se impondrán con el tiempo. Su obra –me lo dice mi anhelo– irá más allá de los predios en que gobierna la opinión de los mercaderes.

Dentro de poco Esther María partirá hacia la Argentina. Esperamos que el viaje la llene de nuevas urgencias, que aquellas latitudes enriquezcan su poesía ya valiosa y que al regreso nos salude con otro libro. En la espera, "mensaje" –presagio de mayores alcances– hará presente su encargo confidencial, llevará a nuestro parnaso la voz tierna de una mujer esperanzada.

La Estrella de Panamá, Abril 27, 1946

Los juicios anteriores son fragmentos de notas bibliográficas sobre *Mensaje,* poemario de la autora (1946), y sobre poemas anteriores a dicha obra.

Óleo, de Maruja Pinedo, chilena.

LA NIÑA Y EL MAR

Dejar completarse cada impresión y cada germen de sentimiento absolutamente en sí, en lo oscuro, en lo indecible, en lo inasequible al propio entendimiento, y esperar con profunda humildad y paciencia la hora del nacimiento de una nueva claridad: sólo eso es vivir como artista: en la comprensión como en la creación. Para ello no hay ninguna medida de tiempo: un año no cuenta; y diez años nada son.

RAINER MARÍA RILKE

I

La niña y el mar

La niña y el mar

Feria en Haití

La muerte del amor

Vida y muerte

Nostalgia

La niña y el mar

I

Mariposa, crece el mar.
Crece el mar en la noche impenetrable,
luciérnaga.
Vendrá por ti, colibrí.
Vendrá por la rosa, por la orquídea,
por el amor.
Se llevará los nidos y las crisálidas,
el columpio colgado sobre las olas,
lo perenne y lo efímero,
todo,
todo lo dará a la muerte para el halago de los peces.
Nadie lo sabe. ¿Qué dice el mar?
Nadie quiere saberlo. ¿Para qué?
Mariposa, luciérnaga, rosa del mar, enigma.
Tímida y valerosa. Frágil y fuerte.
La que sueña a la sombra de los helechos
y se mece, jugando, sobre dos mares.

II

Estruendo de las olas sobrecoge el silencio.
Un pavor se despliega sobre la noche impávida.
Una cósmica angustia llama a todos los pájaros.
Pero nadie lo sabe. Solo yo y la gaviota.
Sobre el columpio salpicado de espuma
la rosa ríe jugando con su sombra.
Crecen las olas. ¿Qué importa?
El peje espada, la sierra gigante,
fauces trituradoras, ansiosas,
puñales color de ámbar, áureos cuernos afilados;

caracoles, monstruos.
La playa está poblada de enemigos.
¿Y qué? La niña ríe.

III

Aquella franja fosforescente, blanca,
aquel camino de luz hacia la luna;
aquella estrella que puedo alzar entre mis manos!
¡Los remos! Que traigan los remos hechos de madreperla.
Que traigan la barca en forma de flor:
liviana, cuánto más frágil, mejor.
Iremos al mar.
Cabalgaremos sobre él hasta hacerle manso.
Doblegaremos su furor indomable con esta barca mínima.
¿Y los niños? ¿Dónde están los niños
que fueron a buscar la luna?
No regresaron nunca. Son cautivos.
Cautivos para siempre. ¡Lo sabe el mar!

IV

Belleza, insaciable y divina belleza;
costa de mil colores, palmas junto a la brisa;
la tierra miliforme, de sal, de claro polen;
relente de la aurora, mariposa del iris.
Belleza del mar, a tan alto precio nos das la alegría.
A precio de muerte.
Es por eso que vemos en todas las mareas
una sombra que llega, cautelosa, a la playa.
Por los manglares anda, cruza los litorales,
y se lleva por átomos la tierra en que pisamos.
Nadie lo sabe. En siglos, es decir, en instantes,
bajo los pies alegres se nos hunde el camino.

V

¿Es esto lo que dijo el mar?
Calla gaviota. Vuela de nube en nube;
salta, ríe, sueña.
Baja después a ras de la espuma. ¿Quién eres?
¿El alma del viento? ¿El cuerpo iridiscente del rocío?
Cuando te ví por vez primera
jugabas a navegar sobre el ala del pelícano.
Nada queremos saber. Olvidemos.
Hasta lo que escribieron las golondrinas sobre el aire.
Signos cabalísticos, adiós. Adiós malos presagios
Olvidemos la noche.
¡Vivir! ¡Eso es! ¡Cantemos a la alegría!
La soledad se ha rodeado de libélulas.
El viento ha enloquecido
y su risa cubre el mar
en una explosión radiante de bugambilias.
Es el corazón del trópico.
El corazón ardiente e ingenuo del trópico.

VI

Callen ruiseñores, calandrias. Detengan
fuentes musicales del amanecer.
Un vértigo extraño recorre los árboles;
arde en cada tronco, tiembla en cada flor.
Nada existe, nada, solo este delirio,
silbo apasionado, silbo torturante,
que todo lo invade, tierra, viento y sol.
¿Dónde está el verano?
No en la veranera,
no en el viento norte,
no en el guayacán.

La cigarra de oro lo lleva en su vientre.
Tenso es su cordaje como el corazón.
¡Cigarras, cigarras, no ha llegado el alba!
¡Cigarras, cigarras, ya se ha puesto el sol!

VII

Eran mil ventanas. Nunca se cerraban.
Eran cuatro esquinas, todas viendo al mar.
Los balcones eran balcones de pájaros:
saltaban los cerros y caían al mar.
¡Hacia el sol el alma!
Los hombres contaban
su amor, su miseria,
todo en alta voz.
Una canción nueva viajaba en los ómnibus.
¡Viajaba en las venas un soplo del mar!

Feria en Haití

(A Nicolás Guillén en la Habana, desde Haití)

1951

I

Del mar no viene el aire.
¡No viene!
Viene de la montaña.
De la montaña alegre.
Del mar no viene el aire,
viene del monte,
del monte alegre.
Del monte viene el aire!
¿Y el carrusel?
Siete caballos de oro,
siete de plata,
siete caballos escarlata,
siete de espuma.
Rompen el eje, rompen el aro.
Saltan! Libres!
Saltan, vuelan en vértigo,
por las palmeras, por las estatuas,
por la grama a las olas.
Montaña arriba,
por los árboles, ¡al cielo!
¡A las nubes!
El pequeño y el grande, jinetes ciegos,
sin saber hasta dónde, pero sonriendo!
¿Y la rueda?
¡Ah! La rueda grande, iluminada,

gira que gira,
gira que gira alegre la rueda.
De espalda al mar.
¡De espalda al mar alegre!
En espiral, la risa.
Los hombres viejos,
los hombres jóvenes,
la niña de canela,
la novia de ébano,
ríen con su risa blanca,
ríen con sus ojos blancos.
Círculo incandescente,
gira que gira, alegre,
sin ver al mar,
de cara al monte y al aire.

II

En la calle baila.
En el parque baila.
En la plaza baila.
Bajo el palmar, bajo el farol,
de la noche al día,
bailando va. ¡Bailando!
De seda roja, ¡lo sabe!,
de rojo luce, más bella,
—¡lo sabe!— Sus brazos tersos,
(¡nada hay tan terso!)
su garganta desnuda,
sus senos de diamante, su cuerpo,
—¡lo sabe!—, nada envidia
a la estatua del estanque.

Por nada cambiaría su color,
–lo sé–
Baila que baila, sola,
sola, sola.
Pero no. No está sola.
La acompaña la gente.
Con ese ritmo suyo
se mueve el mar, la vida.
Baila que baila, sola.
¡Baila!
En la calle, en el parque, bajo las palmas.
Su cuerpo de diamante, lo digo,
nada envidia a la estatua del estanque!

La muerte del amor

Murió el amor. Inesperada sombra!
Enmudece la luz entre los árboles.
Llorando están los ojos de la noche,
llorando por la ausencia de los pájaros.
Huyeron para siempre. ¡para siempre!
Llorando están los ojos de la noche.

¿Has escuchado el canto del silencio?
¿El eterno silencio sin espacio?
Todo lo creado hasta la entraña misma,
dulce y amarga soledad inunda.

¿Por qué tanto dolor? ¿Tanta dulzura?
¿Y este agudo silencio lacerante?
Por esto, soledad, dolor, silencio,
por esto que en dulzura se deshace,
puedo escuchar las cosas nunca oídas
que solo pueden escuchar los ángeles.
El alba no vendrá. Por este sueño
hay un derrumbe interno de jazmines.

Murió el amor. Soñando le dí muerte
Y su fantasma acosa mi vigilia.
Un aluvión de pétalos me ciñe.
Muere la rosa. ¡El fuego me castiga!

Vida y muerte

Ahora sé lo que soy. Campo de muerte.
Campo de vida soy. Cumbre y abismo.
Una sonrisa que despierta al alba,
un llanto que en la noche se desliza.

Inmóvil, muda, en tálamo de espinas,
por una eternidad encadenada,
campo de vida soy, campo de muerte,
en que luchan demonios y arcángeles.

Yo soy la noche sobre el mar, herida,
fosforescente, vigilante, sola.
Yo soy la selva en que la noche vive,
guardada por serpientes y luciérnagas.

El mar, la lluvia, la mañana, el viento,
todo va por mi sangre como un río.
Círculo incandescente por mis venas,
yo voy girando entre el amor y el sueño.
Yo voy girando lejos de la niebla...
¡Ven a mi viaje con los ojos ciegos!

Nostalgia

Ahora sé que es tu mar el que me llama.
Tu mar azul, tu rojo mar, tu verde mar,
tu mar de mil colores,
el que me sigue en puertos y ciudades
taladrándolo todo hasta la ausencia.

Sé que es tu sol. Tu rojo sol,
tu sol azul, tu verde sol, tu sol de mil colores,
el que disperso y uno, sobre el aire,
me sigue y me persigue por el sueño.

Tu sol, tu mar, tus mares me reclaman.
Como al grano de arena las arenas,
como a la gota el manantial reclama,
sé que me espera el mar, el sol me llama.

¡Yo soy la estrellamar que supo de alas!

II

Guía de viaje

Guía de viaje

La Casa entre los álamos

El río encantado

El árbol que sueña

Despedida

Guía de viaje

I

De las pampas al mar, del Sur al Norte,
ola, ráfaga acaso, golondrina,
por una orquídea desafié al abismo
desde un vuelo de cóndores.
Por un secreto conmoví las piedras,
las palabras dejadas en los árboles,
la voz de los sagrados hontanares
que desgarran el vientre de los Andes.
Hasta su origen, en montañas vírgenes,
(¡Padre Amazonas, con amor te invoco!)
subiendo van los ríos sin orilla,
de infinito caudal, inverosímiles.

II

Todo te lo diré. Noche de enigmas
encaminó mis alas a tu alero.
Príncipe maya que me das abrigo,
será lo mismo que alojar un sueño.
¿Temes? ¿Por qué? Soy una nube errante
que en tu jardín apenas se detiene.
Lágrimas no. Cuando retorne al viento,
soplo de estrellas dejaré en tu mano.

Sé que en tu reino la belleza habita.
Yo la encontré desnuda junto al agua.
Un pañuelo polícromo de espuma,
y una rosa de fuego entre los labios.
Yo la encontré en los valles, en las cumbres.
De la noche a la luz, entre libélulas.

Circundada de nieve, pero llama,
siempre llama, vibrátil, inasible.

Por ella supe, por sus claros símbolos,
el por qué del reptil y del lucero;
la génesis exacta de la rosa,
y el linaje divino de los pájaros.

Por el lábaro antiguo de tu estirpe
adoré yo también lo que tú adoras,
ofreciendo en altares perfumados,
el magnánimo dios de las espigas,
no víctimas sangrientas sino flores.
Presentí desde el sol, ardiente ruta,
la reciente frescura de los cántaros.
Supe el blanco camino, ¡tu camino!,
y perseguí tu huella entre los álamos.

Para tu arcilla son, para tu jade,
para tus vasos de oro mis imágenes.
Para tu sueño mares y crepúsculos,
príncipe orfebre de los dedos ágiles.

Para animar tu vacilante fragua,
¡quien conociera tu crisol antiguo!,
de las abruptas cimas ignoradas
traje un áureo relámpago cautivo.

III

Convoco estrellas, páramos, trigales,
árboles que la noche transfigura,
cumbres de ardiente roca en que los siglos
han marcado ademanes y perfiles.

Aquí las aguas! El torrente ciego
se lleva al mar, (¡deténganlo!), en su cresta,
toda la cordillera diluida!
Aguas dolientes que jamás cantaron,
que no supieron de la luz. Torrentes
en que naufragan pájaros del alba.
¡Cuántos siglos corrieron! Lo sabría
la ñusta que habitaba en la ribera.
El pedernal, la sangre, (¡era mi sangre!)
En la piedra del sol, inconmovible,
un obstinado signo de tiniebla.

En estas mismas márgenes floridas,
(las aguas que lo vieron lo olvidaron),
soñando entre plumajes y hogueras,
tres imperios nacieron y murieron.

Después, agua del trópico, naciente.
La de verdes pupilas cristalinas
amadas por el sol. Bajo los ciguas,
pasa cantando en júbilo, danzando.

Nada como el misterio de su risa,
esa diáfana risa con que ríe.
Yo sé de un niño en pez transfigurado,
que retoza en la espuma inalcanzable.
Yo sé de una mujer como de luna
que tiene su morada bajo el río.

Sé que duerme entre líquenes perdida,
más allá de la rosa, sin el aire;
se endereza al latido de la noche,
temblorosa de arena y de rocío.

Del dolor al amor, sobre la lágrima,
por eso, por la arena y el rocío,
sentada en un peñasco canta y canta
con el claro cantar de la montaña.
El cabello polícromo y fragante,
(ay, madreselva, ¿dónde te escondías!)
desplegado en la noche peina y peina,
(ay, niña sola, te llevaba el río!)

IV

Allí pasan los árboles. Los árboles
en cada amanecer cambiaron forma:
casa del viento, torre de la niebla,
de la raíz al sol, del sol al aire,
no estuvieron inmóviles. Soñaban.

Vinieron los cohiuales de silencio
por la orilla del alba y del poniente.
A soplo de amapolas navegaban,
de hielo a hielo, en breve primavera.
Nada como la paz de los cohiuales
donde el ángel austral amanecía.
Rostro de Dios, aquí te vislumbraba.
Serenidad, aquí te conocía.

Ceibo: la flor y el ala te iluminan.
Ceibo: los nidos te hacen infinito.
Por tu ruedo la ronda, por tu copa,
jamás en soledad, jamás ausente,
con el hombre en tu sombra dialogando.
¡Que no sepa tu sino de alegría
el ombú desolado de la pampa!

Sauce, tu rama azul al sol tendida
me señalaba cálidos riachuelos.
Íntimo techo tu follaje cóncavo
insinuaba el amor y la esperanza.

Olivar, olivar, amé tu gracia,
la sabia antigüedad con que te entregas.
Amé tu aroma, bosque de eucaliptos
amanecido en la mitad del mundo.

Más que los ceibos y los sauces era
choza y palacio el higuerón antiguo.
Todo el trópico alegre y miliforme
en su copiosa fronda congregado.

A columpiarse en sus colgantes lianas,
mientras callan los árboles,
dicen que en los crepúsculos venía
una bruja doncella enamorada.

La acacia en diez colores te diría
dónde estaba la rosa de los mares.
El pinar gravemente te dijera,
de volcanes, de estrellas,
de mundos sumergidos y de lagos.

V

Así, del ceibo al álamo,
del álamo a salados palmares y bambúes;
del pinar al ombú, toda una ruta,
toda una alucinante geografía.

Del hornero al quetzal hallé tu huella
una noche de enigmas, al acaso.
Por tus labios sellados nada supe.
Lo supe por la espiga y por el jade.

De limonar florido a golondrina,
de mariposa y nácar a gaviota.
Atrás quedó el albatros. Es la playa.
Es el mar. ¡Los dos mares rutilantes!

¿Cómo será? Trajera sus cien rostros,
sus cien espejos claros y sombríos,
a tus crisoles en que hierve el sueño.
¡Ah! Nunca viste el mar. Estabas solo.
Prisionero en la torre de esmeralda.
En caracol, en alga y en gaviota,
me espera el mar entre sureste y norte.

Me espera el mar, en alga y en gaviota.
Quede en tu arcilla soplo trasmarino,
quede en tu vaso la remota imagen.
Fosforescente jade hasta tu sueño,
príncipe orfebre de los dedos ágiles.

III

Vano holocausto

Vano holocausto

Los niños(1947)

Vano holocausto

I

No bastará la sangre de los mártires
para calmar la bestia apocalíptica.
No bastarán las lágrimas regadas
si pide siempre más su sed diabólica.

Y ¿cómo conjurar su furia? ¿Cómo?
Si la alimentan codiciosos líderes,
predestinados a sembrar la muerte
donde debiera florecer la vida.

Tierra. Patria. Bandera a cuyo nombre
fueron hazañas los horrendos crímenes.
La que, encendidos en instintos bárbaros,
enarbolaron torvos adalides.
Patria. Bandera... ¡Símbolos! Un día
ha de llegar cuando la tierra cubra
una bandera sola,
un solo canto,
en donde paz y libertad no sean
una ingenua esperanza escarnecida!
Pero mientras, el odio enciende hogueras
y la codicia crece incontenible,
para aplacar la furia apocalíptica
no bastará la sangre de los mártires.
No bastará la voz de los apóstoles
para que caigan los antiguos ídolos.
Ni mi voz. ¿Qué es mi voz? Queja de un pájaro
que se pierde sin eco en la tormenta.

¿Qué hacer sino llorar con los que lloran
si no tienen poder mis manos débiles?
Si mi voz y protesta son inútiles,
¿qué hacer sino velar con los que velan?

II

Lo miré todo. ¿Cómo no mirarlo?
Todo lo ví desde mi mundo de oro.
Atormentado sueño de sonámbulos,
término de fatales profecías,
más allá de las nubes,
escuché el galopar de los ejércitos:
tropa de semidioses o demonios
que en oleadas de fuego se lanzaban
a desafiar la muerte,
mientras, crujiendo, al choque de sus alas,
se derrumbaban ínclitos imperios!

Mas no temblé a la vista del infierno
ni al cruzar –los crucé– mares de sangre.
Temblé por el soldado adolescente
que enseñado a matar se rebelaba,
en cuyo corazón, acaso poeta,
la semilla del odio no prendía,
y tuvo que matar, matar llorando,
estremecido el brazo fratricida!

Y Temblé por el héroe.
No por aquel anónimo o glorioso
que cayó para siempre
(que le perdone Dios) sino por ese
que regresa de glorias coronado
y que en el pecho, triste honor, ostenta
por cada hermano muerto, una medalla!

Cuando cesen los cánticos y vítores
ha de saber su corazón a solas,
que están ensangrentados sus galones
y poblado su sueño de fantasmas!

III

El grito recogí de los que fueron
sepultados con vida en los escombros,
y la sorda protesta de los ciegos
palpando en las tinieblas.
Recogí la amargura de los huérfanos
y el pasivo rencor de los inválidos.
Viví la angustia de los desertores.

Escuché la blasfemia y el lamento
de los que ingenuamente suplicaron
gracia y perdón en tribunales sórdidos.
Lloré por vencedores y vencidos.
Quemé mi hacienda y con la noche a cuestas,
los pies descalzos, bajo nieve y fuego,
sin preguntar a dónde ni hasta cuándo,
fui con la inmensa caravana en éxodo.
Vi millones de hermanos que cayeron,
las entrañas mordidas por el hambre,
arañando la tierra
y regando el camino con sus lágrimas.
Sin respuesta su grito lacerado,
con las manos tendidas,
hambre, frío y miseria recibieron
a cambio de la sangre de los mártires!
Y eran millones. Sueño inverosímil
desde mi hermoso mundo americano.
¿Por qué tanto dolor? Grité en delirio
¿Por qué? Me dije. Y nadie respondía.

¿Por qué tanto dolor?
Quise entregarme,
quise ofrecer un trozo de mi tierra,
un huerto de la América.
Quise saber el gesto, la palabra
que divide los panes y los peces,
y bendice los cántaros....
Aprender la consigna...
¿Quién la sabe?
¿La saben los filósofos, los sabios?
¿La saben los profetas?

Los niños

Los niños! Les quitaron su sonrisa
y sus pupilas que el espanto hiere,
ya miraron la cara de la muerte.
Sus pies, aquellos pies de nube y ala
que empezaban a andar, iban heridos.
Era de piedra la primer jornada
en una árida tierra sin cantares,
sin cantares de cuna y sin amores.

Iban dispersos, del turbión llevados,
por las calles hostiles, en la nieve,
¡ellos!, la flor del mundo, la semilla,
dispersos, sin ayer y sin mañana!

Les encontré. Llamaban. Su llamado
era perdón y súplica.
Era dulce su llanto sin rencores,
y sus brazos amantes no sabían
levantarse en protesta,
para vengar el crimen con el crimen
como los hombres hacen.
No. Los niños
lloraban con un llanto sin rencores
en su noche de angustia, desolada,
y era clara su voz, perdón y súplica,
campanada de amor en la vorágine.
¿Cómo pasar sin recoger sus lágrimas?
¿Cómo no amar su amor y su dulzura?
¿Cómo dejar la sombra y el martirio
acechando su paso?
Quise tener un alma, muchas almas,
regazo ilimitado para todos los niños.

Pero no tuve nada. ¿Qué ofrecerles?
¿Una flor? ¿Un lucero? ¿Un sueño acaso?
¿Un sueño? ¿Por qué no? Soñemos, dije.
Niños del Asia, huérfanos o nómades,
parias o príncipes, niños africanos,
niños de Europa, niños de Oceanía.
Soñemos el amor y la justicia,
niños arios o negros. Vuestras lágrimas
recogerán los ángeles.
Y el milagro negado a la violencia,
que no logran apóstoles ni sabios,
ni profetas, ni líderes,
el milagro esperado, el mundo nuevo,
lo harán temblando vuestras manos vírgenes.
Soñemos ese mundo sin miseria,
sin soberbia, sin odio.
Mañana de trigales florecientes,
abrazada a la luz. Noche sin miedo.
Noche de ronda en las llanuras húmedas,
a donde vuelvan a danzar las hadas.

Vuelven a alzar los abatidos árboles
su bandera de brisa y de rumores,
y brotan manantiales espontáneos
en los resecos cauces seculares.
Frutas y lirios vuelven a los campos
donde pasó la muerte.
Y allí donde dejó sangrienta huella
la tropa enardecida,
allí, por vuestro paso y vuestro canto,
niños, por vuestra risa,
hay aletear de pájaros polícromos
y renacer de rosas y de espigas.

Cayó la voz que el odio proclamaba
y la mano que el crimen bendecía.
Cayeron los sacrílegos altares,
los engañosos ídolos.
Y sobre sus estériles despojos,
pasan las nuevas madres,
cantan los labradores.
Se eleva el sol. Un templo a la belleza
hay donde estaba la arrogante almena,
y al herrero mejor hay una estatua
donde estaba la estatua del soldado.
Este es el mundo nuevo,
esto soñamos,
niños de Europa, niños de Oceanía,
africanos y asiáticos. Soñemos.
¡Amor y paz, cristianos y judíos!

Y vosotros, los hijos de la América,
en cuya sangre van todas las razas,
por amor y dolor purificadas,
niños dueños de soles y montañas,
¿qué haréis con vuestra América?
¿Qué haréis con vuestras pródigas campiñas,
con vuestros hontanares?
Con vuestras pampas que los cielos tocan,
y vuestros hondos valles despoblados?
¿Qué haréis? Nadie responde.
¡Ay, ese grito que desgarra el sueño!
¡Ese dolor en las riberas fértiles,
Esa queja en los páramos!
Junto a los ricos huertos intocables,
hay un niño descalzo!
Hay una madre que de siglos viene,

la de vendados ojos,
la que va por azar y sin quererlo
conduciendo un tesoro que es sagrado.
¡Un niño! ¿Qué es un niño? ¡No lo sabe!
Muda y ciega lo lleva a las espaldas,
muda y ciega, sin dónde ni hasta cuándo.

¿Cómo soñar? De las heladas punas
viene el gemido que estremece al aire.
Canción andina, quena, ¿qué misterio,
qué dolor ancestral tu voz abrasa?
De las lejanas cumbres a los valles,
el pastorcillo va, semidesnudo.
Tras corderos o llamas es el mismo.
El mismo de montañas y poblados.
Cerca del mar, en las ciudades sórdidas,
junto a los lagos mayas de hermosuras inéditas,
(¿dónde está el mundo de oro?) va con los pies sangrantes,
dulce, manso,
como los corderillos, como las llamas, dócil.
Nada sabe. Es verdad. Pero una noche
ha de crecer su corazón cautivo.
Han de nacer sus ojos una noche.
¡Ha de saberlo todo!
¡Ha de crecer su sangre!
Que su sangre derribe las murallas,
que traspase los límites,
que levante la puerta de los predios prohibidos.
¡Madre ciega! El quitará la venda de tus ojos antiguos,
él, tan niño, tan frágil,
ha de partir luceros con sus manos intrépidas,
ha de lanzar el grito
que conmueva los ámbitos.

El mundo nuevo entonces, soñemos todavía,
el milagro negado a la violencia,
que no logran apóstoles ni sabios,
ni profetas ni líderes,
el milagro esperado, el mundo nuevo,
ha de caber entre sus manos vírgenes.

IV
Sonetos

Estrella de mar

Más allá del átomo

Signo trágico

Pasión y muerte

Alondra

Creciente:
- Presagio
- Viento del Sur
- Creciente

En Nahuel Huapí:
- La red milagrosa
- Cielos viajeros

Más allá del átomo

Vengo del porvenir. Los soñadores
silenciad serenatas y querellas.
En innúmeros siglos de dolores,
¿qué habéis hecho? ¿Cantar a las estrellas?

Despierten los poetas y las flores,
oigan la anunciación. Sigan mis huellas.
Traigo para vivir sueños mejores;
traigo para soñar noches más bellas.

Yo no giré en la luz. Anduve errante,
diez mil años quizá, quizá un instante,
donde siempre y jamás era lo mismo.

Acampé en el lucero más lejano.
En la intacta tiniebla hundí mi mano,
y rescaté el secreto del abismo.

Signo trágico

–Dulce Simbad, condúceme en tu nave.
Sueños tuyos soñé. Serán ahora.
–Va la muerte a babor. El mar lo sabe,
Hay sangre en las estrellas ¡soñadora!

–Iré contigo.
–No. Tu sed de ave
sólo belleza y libertad implora.
Al mundo voy en que el placer no cabe.
Voy a la noche que tu luz ignora.

–Simbad, ¡Simbad!
–En piélagos de fuego,
abrazado a mis mástiles navego,
tensa de espanto mi pupila experta.

–Iré.
–¿No temes?
–Velaré contigo:
Con fiebre y sed, el corazón testigo,
de cara al huracán iré despierta!

Pasión y muerte

En la piedra, Cordero, en que te ofreces,
mi corazón ha siglos gime en llamas.
No responden los ídolos mis preces,
ni recogen la sangre que derramas.

Holocaustos inútiles padeces,
en ardores estériles te inflamas,
y persiste, negado por tres veces,
el amor infinito con que amas.

No conmueven tus signos a la vida.
A ciegos ojos tu poder no cura,
que van en sombra sin mirar tus huellas.

Por crímenes y lágrimas transida,
el agua de los cántaros, impura,
no percibe tu voz hecha de estrellas!

Alondra

¿Por qué esta soledad? Dime hechicero.
A tu poder mi súplica levanto.
Alondra fui. Devuélveme mi canto.
Devuélveme mi rama y mi lucero.

¿Para qué el corazón? ¿Para qué quiero,
esta alma condenada a fuego y llanto?
Alondra ayer, hoy presa de tu encanto,
en forma de mujer, sufro y espero.

Pero tu no vendrás. Rueda mi grito
hecho de soledad y de infinito,
mientras, jugando, de mi voz te escondes.

Gira a mis pies en vértigo la tierra.
¡Devuélveme mi ser! La noche cierra,
ciega estoy y perdida... ¡y no respondes!

Creciente

I

Presagio

–Es mansa el agua. Milagrosos dones
vierte en la sima que su ruta yerra.
–Vienen de lo hondo sus ingenuos sones.
La tempestad en su quietud encierra.

–Es mansa el agua. Duerme entre canciones.
–Pero su cauce partirá la tierra.
Y cuando baje, (bajará en turbiones),
¡ay del peñasco que su paso cierra!

¡Ay de las zarzas y los nuevos ciguas,
cuando arrase las márgenes antiguas,
este violento soplo que amanece.

Es la señal. ¡Alerta, peregrinos!
Ha de borrar la huella en los caminos
crecido el sueño que en silencio crece.

II

Viento del Sur

Diálogo fue del colibrí festivo,
forma y color de néctares errantes,
y del pájaro sabio y pensativo
de impenetrables ojos penetrantes.

Presagio fue que al árbol sensitivo
hizo llorar en cálices fragantes.
Tembló el lucero en el cristal cautivo.
Tembló la roca que soñó diamantes.

Llamaba el agua, al parecer serena,
a su cauce melódico de arena
la desvelada sombra de los puentes.

Nube del sur, ¿por qué del sur nacía?
Viento del sur la tierra perseguía
con un sordo rumor entre los dientes.

III
Creciente

Ya lo sabe la tierra. El agua crece
más allá de las márgenes mezquinas,
borra senderos y al océano ofrece
en verde tamo chozas y colinas.

Todo crece, la noche, el cielo crece.
Ya lo saben peñascos y encinas.
Ya lo sabe el amor y se estremece
en su cárcel de rosas y espinas.

El agua toda paz, el agua mansa,
¿quién os lo dijo pájaros? se lanza,
del sol al mar en ciego torbellino.

¡Ay de la piedra que cerró su paso!
¡Ay de tus sueños, leñador! Acaso,
era verdad la cábala del trino!

En Nahuel Huapí

I

La red milagrosa

¿Por qué tanta belleza se me entrega?
Héme de gozo y duda confundida.
Tal bien no merecí. ¿De quién me llega
este hermoso presente que es mi vida?

Ni placer ni dolor. Nada me niega
quien de su gracia tiéneme elegida.
Quien me da esta canción mágica y ciega,
y esta nave de estrellas encendida.

Quien efímero todo hacerlo quiso.
Pido llorando eternizar lo breve
¡Que no se mueva el lago movedizo!

Lanzo mi red. El lago se conmueve,
y me llevo la tarde, el sol, la nieve;
prados y cumbres. ¡Todo el paraíso!

II

Cielos viajeros

De tan hermosa pesca, pescadora,
¿qué más pedir? Ya vi la primavera.
Ya me dijo el enigma de la aurora
la noche en mi barquilla, prisionera.

¿Qué más pedir? ¡Morir! Morir ahora,
Nahuel Huapí, besando tu ribera.
Ser ese lampo que tus albas dora,
ser esa flor perdida en tu pradera.

Pero no. Más allá de este paisaje,
señalados me son otros senderos.
¡Al mar, al norte! ¡Proseguid el viaje!

Cielos australes, en mi red viajeros,
bogando váis conmigo hacia el oleaje
que no sabe de inmóviles luceros!